

LOS OJOS DE MEDUSA¹

ALBA OMIL¹

La palabra

Milagros

¿Quién escribe por mí? ¿Quién dicta dentro de mí? A veces creo percibir una vocecita urgida que, en seguida, se esconde. Y mi cabeza empieza a arder llena de gente, de cosas, de hechos, de mundo, de ensueños, de pesadillas, de milagros. Mi mano escribe.

Vuelos

Amanece. Desde el profundo frescor de las cúpulas verdes canta el día con campanas de pájaros. Canta mi corazón y vuelan las palabras pero las caza el poema.

¿Las caza? No. Ellas vuelan. Y sólo las refleja su espejo.

¹ Catedrática universitaria emérita, escritora, ensayista y promotora cultural de reconocida trayectoria es colaboradora regular de la RANLE. Adicionalmente a su producción académica, en materia de creación literaria ha publicado más de treinta libros varios de los cuales han recibido distinciones y premios literarios. Los textos aquí seleccionados forman parte de *Los ojos de Medusa. Cuentos. Microrrelatos* publicado a fines de octubre de 2014 (Tucumán: Lucio Piérola Ediciones, 1994, 140 p.). El volumen está integrado por una primera parte, “La saga del Toto” y la segunda “Microrrelatos” de donde proviene nuestra selección.

Desove

Las palabras estaban inquietas, agitadas, disconformes; necesitaban comunicarse, alma con alma; unas con otras. Volaron hacia el árbol más alto y, desde allí, huevearon el poema.

Los dones

Dios ordena su reparto ¿Justo?

Dios es la justicia.

Todos piden ¿Todos?

—Lo importante es el uso, dice el destino y tira a barajar.

Pelean. Traicionan. Acumulan. Se matan.

El hombre gris sólo alcanza a cazar un montoncito de palabras que otros —corriendo tras del oro, el poder o la fama— ni siquiera las miran.

El hombre gris juega con ellas: acomoda, cambia, pule, ilumina, les inyecta la sangre de su propio corazón. Así surge el poema.

Dios lo escucha recitar, sonriendo.

Parecido a sí mismo

Harto del mundo y sus vulgaridades, cierra los ojos y emprende el descenso: desnuda la memoria y también el olvido —barreras implacables— busca otra cosa, aunque indecisa, remotamente perceptible. Y libre al fin, llega, sin rastros. Besa el suelo de su paisaje profundo. Respira el aire suyo. Y concibe el poema.

Luz y aromas

Pájaros de cristal y azucenas del aire alucinan la noche en que la luna alumbra el trajín de las hormigas, dueñas a esa hora, del jardín embalsamado de azahares cálidos que borran a empellones los recuerdos de la pasada escarcha. Mi mente trabaja y genera imágenes. Corre, veloz, mi pluma.

Bíblicos

Inconsciente colectivo

El Señor hizo al hombre con barro primordial y luego lo sopló. Ese soplo feliz cargaba infinitas partículas divinas: amor, creatividad, magia, memoria...

En el ardor del verano, cuando cae la lluvia y mi jardín exhala un olor a tierra mojada, un lentísimo, dulce temblor remoto se cuele en sangre e invade mis sentidos. ¿Será el recuerdo dormido de aquel soplo feliz?

Sueños

Sonreía Dios en su nube dorada de sueño. De su boca entreabierta brotaban ángeles. Venían a custodiar al que iba a nacer.

Mi perra

—Tengo un problema serio con mi perra: se pasa la noche entera ladrándoles a los ángeles que visitan mi jardín, y tengo miedo de que los espante.

—¡Como! ¿No se te había muerto la perra?

—Sí, pero sigue ladrando.

¡Esta perra!

A todos los perros se les da por enterrar cosas —huesos, sobre todo, huesos y a veces—... pero a la mía tengo que andar cuidándola...

Ayer, después del chaparrón, la vi afanada cavando bajo el rosal blanco.

Un aroma dulce, como a lirio, como a no sé qué, como si no fuera de este mundo, llenaba el aire.

Corrí.

—¡Criminal! ¡Otra vez! ¡Tenías que ser vos!

Salió corriendo pero alcancé a sacar intacto un angelito minúsculo de esos que aroman el aire.

Lo puse sobre un capullo blanco para que recompusiera el vuelo.
¡Esta perra tiene cada hobby!
Es el colmo.

Manzana edénica

Es una burda mentira machista eso de que Adán comió (o probó) la manzana, porque en cuanto se la ofrecí, por hacerme la contra, como siempre, claro, la sostuvo y sopesó, antes de tirármela por la cabeza ¡Y encima me cargan con la culpa!

Ya sé que no me aguanta

Era roja, apetitosa, tentadora. Cuando se la ofrecía, yo, que ya la había visto a la otra –a la escamosa– charlando a escondidas con Adán, le pesqué al vuelo la intención: tirarme la culpa encima, quedarse él solo con el Paraíso, convencer al de arriba de que le saque otra costilla y ¡Viva la Pepa!, ¡A mí con esas!

Él...

Bajo las inclemencias de su propio invierno, multitudes claman al cielo pidiendo paz, amor y comprensión. Pidiendo ser oídas.
Él es su vocero.
Él, Francisco.

La dulce tentación

Meliflua como era, me dijo la serpiente que la había arrancado del árbol de la sabiduría: “Serán como los dioses. Sólo pruébala”.

Se la ofrecí a Adán –“una mordidita, amor, es deliciosa”– para ver si, bestia como era, se desasnaba un poco. No le dio importancia y la puso en un hueco del mismo árbol.

Como en el Edén el tiempo no transcurre, sigo esperando. Y nada.

Deudora

Me cedió su costilla y, noche y día, se la pasa echándomela en cara. Así se sale con la suya, claro. Y yo, deudora permanente ¡Y qué! ¿Voy a devolvérsela? Con gusto se la tiraría por la cara pero.

Pienso y pienso por qué me la reclama. Aunque últimamente me ha dado por concluir que es un complejo de inferioridad: él, incompleto; yo, completísima.

Y bueno, que vaya a quejarse al Edén, Veremos cómo le va.

Gobierno femenino

Ya llevaban su tiempo (que en el Edén no corre), y ciertas cosas, a Eva habían empezado a molestarle. En primer lugar, aquello de la costilla ¿Una hipoteca vitalicia? ¿Un documento de obediencia debida? ¿Por qué él tenía que ser el mandamás? ¿La alternancia en el poder no era lo justo? Un tiempo él; un tiempo ella, sin reelección. Estaba segura de que con ella en el mando, las cosas andarían mejor Por eso urdió lo de la manzana.

Ya fuera del Paraíso, él mandó un tiempo de miedo, de dolor de carencias. Entonces ella, dándole un empujón, tomó las riendas. La pobre humanidad vería, con el tiempo, los resultados.

Fuga

Un pájaro blanco, luminoso, vuela en picada hasta una lombriz de tierra distraída que sueña que es eterna.

Pero no. No es un pájaro, es un ángel que viene a buscarlo. A él, al que está meditando detrás de la lluvia.

Me encuentra. Me toma del brazo, me lleva.

Parece que del otro lado llueve.

Sin y con

Abel murió de golpe, sin esperarlo, sin saberlo, sin sufrir.
Caín deambuló por la vida, agobiado por el peso de la culpa,
perseguido sin pausa por la silenciosa mirada de Dios.
Y así, hasta el final.

Mandato

La figura del Señor brillaba –bengala esplendorosa– contemplando el mundo naciente: la fuerza del *Big bang*, una minúscula masa en expansión, edades y milenios en fuga; eras de hielo, cataclismos, estertores de mundos que nacían; mares y bosques, soberbias criaturas sin clasificación, sin nombre.

Una chispa se escapa de su divino fulgor y dibuja las primeras palabras: Unión. Paz. Amaos.

Alas

Criaba pájaros en su jardín, inmensa pajarera sin otros barrotes que el aire y el cielo.

Un tarde se asomó a la puerta, él mismo rojo de ocaso y lleno de alas. Alguien susurró que era un serafín.

En algún lugar del mundo

Ellos disfrutaban del verde –árboles inmensos, flores, aromas, cantos del río y de los pájaros, todo envuelto por la paz, cubiertos por la luz de Dios.

Y aparecieron la serpiente y la manzana, el destierro y la huida; el dolor, el abandono y la gran oquedad del miedo.

Y después.

Sembraron los hombres. Amaron. Procrearon.

De nuevo el Paraíso. Un nuevo Paraíso en la tierra. Pero un día. Pero un año. Unos años. Los vientos de la discordia abrieron las puertas del nuevo Edén. ¿Qué buscaban? ¿Lo sabía Dios?

Y ya no cantan los pájaros pero silban las bombas y aúllan los hombres como fieras hasta que los ahogan el humo, el aire envenenado, la pólvora y el odio.

Aquel recuerdo del Edén ya no es ni recuerdo. En ese lugar del mundo, los hombres huyen; las mujeres, con sus hijos como un fusil al hombro, huyen. No de la ira de Dios, como entonces, sino del odio de otros hombres.

Ángeles

Hacían falta ángeles en el cielo: los más antiguos, hartos de guardar sin éxito las almas descarriadas, optaron por quedarse en la tierra (como Don Ángel, de Miró) a cuidar los pájaros, los hermanos cóndores, las hermanas águilas, a contemplar los atardeceres, a envejecer como todos los hombres, a honrar a Dios como algunos de ellos.

Otros, convocados por las fórmulas descubiertas por humanos curiosos, bajaron, primero a ayudarlos, después a gozar de la gloria de Dios en la tierra; después a amar como los hombres y a morir como ellos.

En los atardeceres elevaban himnos que no sólo Dios oía: también escasos, privilegiados, inocentes.

Cuando alguno de esos desterrados voluntarios moría, de un montoncito de ceniza celeste se elevaba una finísima columna de humo, derecho al cielo. De ahí nacía otro angelito.

El Señor sonreía, respetuoso de la autonomía de aquellos seres que él mismo había creado

¿Sonreía o sollozaba?

Míticos

Miradas

Harto ya de su soberbia y sus desplantes, decidió enfrentarla:

—Tienes los ojos más hermosos del mundo ¿Por qué tanta maldad? ¿Qué te mueve? ¿Qué te impulsa? ¿Que tienes en el alma? ¿En

la cabeza? Mírate. Y le tendió su escudo de bronce, brillante como espejo.

El final es conocido.

El retorno

Ítaca amanecía verde y florida. El mar, más azul; Penélope, brillante y ansiosa, en premonitoria espera.

En el Olimpo, los dioses jugaban su ajedrez y Pallas hacía jaque mate.

Los dióscuros

Leda feliz, iluminada su desnudez por un extraño claror de la luna, abrazaba con embeleso el bello cuerpo blanco, poseída por el goce de esa excelsa hermosura. Un rayo partió el cielo en dos, arrebatando al cisne.

Dos ensangrentados huevos encerrarían tragedias y llanto.

Dos gemelas. Dos destinos

Y sí. Que Agamenón se la pasaba mascullando sobre los injuriosos cuernos de su hermano, que no sólo hacían arder las cenizas del Atreo y enlodaban a toda la descendencia, sino que a él le tenían sorbido el seso y también el sexo, con la patrona abandonada, quejosa y mordiendo fragmentos del pasado –Ífigenia incluida–, leños que alimentaban la hoguera.

Otras hogueras arderían después, en Troya.

Amor

Ocasos

Herida por los rayos del último sol, muere la tarde, como algo muere cada atardecer en mi alma ¿Qué rayo doloroso, ardiente, a golpes de dolor, graba tu nombre en sus repliegues?

Un corazón desocupado

¿Cuánto tiempo habría pasado desde que al último ocupante del corazón lo arrastraron los vientos de la muerte? Décadas de dolor y de silencio.

Pero ellos, los muertos, regresaron esta vez para arrastrar un corazón vacío.

Abandono

Gritaba –para adentro– en un mundo ahora vacío. Se había ido, llevándose todo con él, dejando ese agujero negro que había empezado a devorarla. ¿Sería que Dios, arrepentido de su creación apoyada en el amor –amor fallido, al fin– ¿había resuelto borrar todo y regresar al caos, dejándola a ella por testigo?

Flotando

En el recuadro de la ventana se recortaba enorme y blanca.

A la luz de esa luna lo vi flotar ¿Lo habría arrastrado el viento? Leve, tibio, iridiscente, vino a rozarme los labios.

¿Un bello insecto nocturno? ¿Una luciérnaga?

No. Era el beso. El incomparable beso que me dabas en sueños.

Pesadilla

Esa noche, la pesadilla me mostró la cara del amado: feliz, como no se la había visto nunca; deslumbrado frente a un rostro hermoso, en dulce entrega.

Sus dedos le dibujaban los labios, así besándola, más allá de los suyos, con todo el cuerpo.

Lloré en silencio como cuando el dolor es fuerte y se mete en la hondura. Luego, a los gritos, en estertores de desengaño que se me apretaban, sin salida, en la garganta, y que me regresaron a la claridad del día.

Noche horrorosa.

Salí a tomar aire pero con la imagen sangrante, manchando desde la piel del alma hasta los recuerdos más hermosos del pasado.

— Bueno, pero era un sueño.

— ¿Un sueño?

Los largos silencios

Tú y yo ¿Somos, realmente, uno? ¿Sólo por mi boca que te besa? ¿Por mis ojos que te devoran? ¿Por los cuerpos que nos entregamos encendidos?

¿Y lo otro? ¿Qué pasa con mi hambrienta soledad que necesita más que un cuerpo, más que un beso, más que una mirada para integrarnos, para ser uno?

Es que no cabes en mi pozo. Eso es lo trágico.

Insomnio

Sangra mi corazón herido.

Flota en la penumbra una flor roja, incandescente, trémulo cristal de fuego.

Sólo flota.

De pronto un insecto, oro puro, baja de la nada tenebrosa. Corruscan sus élitros dorados sobre un temblor de estambres, llama viva.

Baja luego otro. Y otro. Y otro más. Y es un enjambre de minúsculas chispas aladas que aureolan la flor.

El deslumbramiento me ilumina la sangre. Cierro los ojos. Pliego el ensueño en cuatro; lo guardo debajo de la almohada y trato de dormir bajo el arrullo de los élitros dorados que intentan persistir, a pesar del pliego que los encierra.

Pero la herida ardiente continúa goteando mientras los latidos las empujan al aire para que estallen en su propio fuego.

Traiciones

Como respuesta a tu traición, dejé de amarte. Y cada vez que te encuentro en mi recuerdo, te veo disminuyéndote, día a día más pequeño. Con el tiempo serás nada aunque ya comenzaste a serlo cuando, sin palabras, sin darme vuelta siquiera, te dije adiós.

Mar de lágrimas

Esa tarde de lluvia, cuando empezaron a golpearme los recuerdos, saqué a relucir sus imágenes depositadas en el viejísimo arcón remachado de años: mi muñeca de loza con traje de terciopelo azul, un viejo camisón de bodas de la abuela –seda espuma verdemar, encaje negro; un libro de cuentos con figuras que se erguían al abrir cada página: un rey Neptuno gordinflón, con tridente de diamantes, y rodeado de sirenas; un pájaro verde con pico de oro; mi primer amor, latidos y sonrisas; un corto adiós, con sus primeras lágrimas; un imposible olvido; tu vago rostro, ¿tu corazón? No. Estaba enterrado en el tiempo.

Aleteos

Por la boca entreabierta de su cuerpo tan blanco, tan quieto ya, voló una serie de burbujas iridiscentes: último aleteo de su corazón que me daba su adiós.

Razones hay, inexplicables

Tenía una herida abierta –de esas que llegan hasta el hueso– empecinada en no cicatrizar, en expeler ardores, venenos, ese rencor antiguo, goteo permanente contaminado y purulento aunque teñido de amor, de celos, de tenso, insoportable, doloroso amor ¿de insoportable espera?

Tal vez una razón para seguir viviendo. Sólo eso.

Regreso

¿Qué serán, de quién, de quiénes, esos ojos que fosforecen en mi jardín las noches con preludios de tormenta? ¿Serán las almas de los que amé y me amaron y se los llevó la muerte? Pero ¿es que puede retornarse de ese reino de sombras?

Sí. Porque es tan largo y tan fuerte el amor, que puede vencer todas las distancias.

Silencios

Me gustas cuando callas porque así puedo hablar yo. Y descansar y dormitar y soñar. Y pensar en la otra.

El miedo

Y de pronto llega y es sólo un olor que se instala en la nariz, en el fondo, en la pituitaria. Olor a podredumbre, a carne que se va descomponiendo –y un reptar en el fondo de las órbitas. ¿Y ahí se queda? ¿En la pituitaria? No. Se expande y va comiendo y siento mi incompletud y tiembla todo lo que queda de mi carne, de mis huesos –creo que ya no queda piel– y busco apoyo pero no hay nada. Sólo ese hueco helado, oscuro y sin imágenes. Una casa vacía, saqueada sin piedad por el furor de las tormentas de la vida y de la muerte. La nada oscura. Es que el monstruo se ha comido los alrededores, el pasado, los recuerdos, el futuro, los ensueños.

Por ahí, una lágrima impensada retoca la órbita y él retrocede y el parpadeo infinito deja filtrar un débil rayo. Y retrocede. Pero el miedo. ¿Miedo a qué? Si uno lo supiera. Pero seguro que en cualquier momento vuelve. La madriguera oscura y silenciosa está siempre en acecho. Esperándolo.

A veces lo acaricio ¿Para domesticarlo? Para... No sé.

Gris + Gris

Llueve, lentamente llueve y está tan gris el mar como mi corazón.

Lejana, brilla tu isla, dorada por el sol. Pero ya quemé mis naves.

Abandono

Estás escondido en el tiempo, aunque los espejos de la memoria prosigan reflejando tu imagen, y las nubes dibujen en lo alto tu figura, y el humo de los otoños intente difuminar tu aroma, y las golondrinas escriban, en cada primavera, las letras de tu nombre en el aire, y yo continúe noche a noche besando tus besos, y el muro del adiós registre su sentencia.

¿Y yo?

Me miro desde tus ojos y me veo otra: extraña, diferente ¿Me has quitado mi yo? ¿Lo cambiaste por otro? La boca que me besa ¿a quién besa? ¿A mí o la otra? ¿El alma que buscas es la mía?

¡Vete! No vuelvas a mirarme. No me beses. No me condenes a no ser más yo. A que me mate la tortura de mi pobre, unitaria y humana desnudez.

El pasado

Sones lejanos

Suenan las notas de una guitarra, amortiguadas por la distancia pero más por el tiempo. Voy trepando por sus sonos hacia el reino del recuerdo.

Arribo y el mundo se ilumina. La luz convoca otro espacio, otras voces, otras figuras: libélulas azules y pájaros dorados que escapan de bellos libros y pueblan mis atardeceres; palomas que se besan entre arrullos; relinchos lejanos que convocan ya remotos galopes. La estancia de la familia y el placer del verano. Las guitarras a la luz de la luna llena.

Resultaban cortas las vacaciones entre los goces del día y los cuentos de la abuela, abrazo nocturno que amortiguaba el miedo a los gritos de pájaros extraños que agujereaban la noche. “Almas en pena, niña”, decían las criadas.

Y ahora, todo aquello se transfigura y crece, hasta llenar, aunque sea por momentos, el enorme hueco de la soledad.

Tres caballos

A veces, muchas veces, en mis noches galopan fantasmas de caballos. Sombras de caballos, con resuellos de caballos, con olor a caballos. Van y vuelven, pálidos bajo la luna menguante. Rondan en un espacio conocido pero ya muy lejano y perdido en el tiempo.

Los rojos de la aurora iluminan su pelo desteñido por fantasmagóricas nieblas. Y se marchan. Pero regresan. Siempre regresan, los belfos humeantes por la carrera. ¿De dónde?

Una noche lo supe: regresan del pasado. Regresan de mi infancia, escapando de las oscuras cuevas del olvido.

Lluvia

Pleuve dans la ville et dans mon coeur.

P. VALERY

Llueve sin piedad y sin pausa sobre mi corazón. El agua forma ríos que arrastran recuerdos viejos, que duelen como pájaros muertos; abandonos, soledades, heridas aún abiertas, infiernos empeñados en regresar, despojos de magias perdidas, pedacitos de ensueños: minúsculos fragmentos de algún espejo roto.

Ojalá alguna vez salga el sol e ilumine un campo limpio, tierra fresca recién arada y olorosa, donde florezcan las amapolas, picoteen los gorriones, brillen las mariposas, regresen las golondrinas, y su verdor se extienda al infinito.

Disgregación

La bata de seda cayó sutil, deshecha por el tiempo. Ese mononcito de polvo era la tumba de presentes que ya fueron –ardientes, feroces, humanos–, instantes que sopló la vida.

Algunas lágrimas lavaron esa tumba. Ahora era barro duro, piedra afilada y cortante. Y ya tenía las primeras manchas de sangre.

Aquel viejo jardín

Enero ardiente. Vacaciones lejos de la ciudad.

Juega la niña en aquel viejo jardín de añosos árboles y un solo rosal, de flores rojas. Su reino.

Salta, corre, trepa al limonero y hace llover azahares. Canta con la lluvia y luego hace tortitas de barro. Persigue mariposas y vuela con el viento, abiertos los brazos, soñando que es libélula. Desafía al duende en las siestas, agazapada entre las hojas de la higuera. Baila, sin miedo, con los remolinos.

Vive envuelta en una cápsula de felicidad, con campanillas de risas.

Mi infancia: hoy duerme en aquel viejo jardín; quizás sigue jugando, en vacaciones.

A veces me la trae de regreso el viento de cada primavera, cuando florece el limonero, y también mi incansable corazón.